



nas situaciones paralelas —Turquía, Chile, Argentina...— muestran que sólo consiste en crear una apariencia de orden, pero no hay, hasta ahora, ninguna prueba de que los Ejércitos en el poder hayan resuelto las circunstancias de sus países respectivos. Han añadido, eso sí, un clima de opresión.

El microcosmos español está, como el otro, atravesando unas circunstancias difíciles.

Desde un punto de vista moral, la caída de las ideologías, la muerte de las esperanzas, el miedo al futuro, la inseguridad. Desde un punto de vista material, la falta de correspondencia entre precios y salarios, el crecimiento del paro, y una serie de circunstancias que no son solamente casuales, como el veneno del aceite de colza desnaturalizado, que procede claramente de una corrupción moral y de una incapacidad administrativa, y que representa no sólo ese mal intrínseco, sino todo un conjunto de adulteraciones, engaños, estafas.

En una suma de factores un poco arriesgada por su

necesaria simplificación, diríamos que el mundo no puede seguir viviendo sobre los valores, morales y materiales, antiguos. La densidad de población crece cada día: frente a lo que los optimistas —y los providencialistas— habían profetizado, no hay solución para todos, o la ciencia y la técnica no la han descubierto. La densidad de población es creciente, sobre todo, en el mundo de los países productores —o proletarios— frente a los países consumidores —o ricos— ha producido un desafío que parece imparable. Es difícil creer que una guerra mundial pudiese contener ese mundo pobre: de la guerra mundial anterior salió su fuerza actual. La ciencia y la técnica han planteado, en Occidente, una situación adversa: el paro, la acumulación de riquezas, la nueva desigualdad social. Es también irreversible. Están arrojando sobre el mundo pobre unos artículos de consumo que sólo pueden adquirir mediante el alza de los precios de las materias primas.

No hay correspondencia entre estas sociedades.

Es también un artificio y una simplificación atribuir al año 1981 la suma de todos estos fenómenos. Pero una serie de fenómenos que se han acentuado en ese año pueden cualificarle.

Son los sucesos de Polonia, la situación de América Central —y de las otras Américas— el crecimiento del terrorismo. Son el golpe español del 23 de febrero, y todas sus secuelas. Donde se mire hay problemas: en el centro y en el sur de Europa, en toda Africa, en toda Asia, en toda América...

No se ven las soluciones. Dicen los nuevos filósofos que se doblan de sociólogos —el pensamiento adulterado por la estadística, o la estadística interpretada como se puede por el pensamiento— que es un cambio de era. Y que los cambios de era no los advierten nunca los contemporáneos más que como una catástrofe. Quizá los hombres de la Edad Media que transitaban hacia el Renacimiento no veían todo lo que éste podría aportar en el terreno del humanismo y se sentían vivir mal; unos quemaban en las hogueras hombres y libros, para evitar ese Renacimiento, y otros, sólo sentían el pavor de lo desconocido. Puede que la década de los ochenta esté transida, toda ella, de esa angustia; puede que sea la que produzca la guerra del final de todo.

Pero no hay que negar la posibilidad de que tras este tránsito doloroso, alumbremos una nueva era, más justa y más floreciente. El problema es que ahora no sabemos ni siquiera cómo va a ser. ■